



LA FERIA
DEL MUNDO

E. L. DOCTOROW

LA FERIA
DEL MUNDO

Traducción de César Armando Gómez

m...
miscelánea

Título original:
World's Fair

© E. L. Doctorow 1985

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: César Armando Gómez
«Traducción cedida por Editorial Planeta, S.A.»

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-937228-4-5
Depósito legal: B. 29.309-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para R. P. D.

Y aquí está el cosmorama, rodeado de niños...

WORDSWORTH,
El prelude

ROSE

Yo había nacido en la calle Clinton, en el Lower East Side. Era la penúltima de seis hijos, dos chicos y cuatro chicas. Los chicos, Harry y Willy, eran los mayores. Mi padre era músico, violinista. Siempre se ganó bien la vida. Él y mi madre se habían conocido en Rusia y allí se casaron, y más tarde emigraron. Mi madre también procedía de una familia de músicos, y de ahí vino, tiempo adelante, el encontrarse con mi padre. Algunos de sus primos eran muy conocidos en Rusia; uno de ellos, violoncelista, incluso había tocado para el zar. Mi madre era muy guapa, menuda, con una larga melena dorada y ojos azul pálido. Mi padre solía decirnos: «¿Y vosotras os creéis guapas? Teníais que haber visto cuando vuestra madre y sus hermanas pasaban por la calle, en nuestro pueblo. Todo el mundo se volvía a mirarlas, tan esbeltas y con aquel porte tan elegante.» Supongo que no quería vernos hechas unas presumidas.

Tenía yo cuatro años cuando nos mudamos al Bronx, a un gran piso cerca del parque Claremont. Era buena estudiante; iba a una escuela pública, la P.S. 147, en la avenida Washington, y cuando acabé allí pasé a un instituto, el Morris. Completé los cursos y me gradué; volví a matricularme para estudiar comercio, y

aprobé las suficientes asignaturas para volver a graduarme si quería. Entonces sabía escribir a máquina, contabilidad y taquigrafía. Era muy ambiciosa. Me había pagado las clases de piano tocando para acompañar películas. Miraba a la pantalla e improvisaba. Mi hermano Harry y mi padre solían sentarse detrás de mí para encargarse de que nadie me molestase; los cines eran todavía muy primitivos e iba mala gente. Al acabar mis estudios, encontré un empleo como secretaria privada de un conocido hombre de negocios y filántropo, Sigmund Unterberg. Había hecho el dinero con un negocio de camisas y ahora pasaba gran parte de su tiempo trabajando para organizaciones judías, asistencia social y ese tipo de cosas. En ese campo no había entonces burocracia oficial ni programas, como ahora; todo lo que tenía que ver con la caridad era cosa de los particulares y las organizaciones que ellos creaban. Yo era una buena secretaria; cuando mister Unterberg me dictaba una carta podía tomarla directamente a máquina sin un error, de modo que cuando él terminaba yo había acabado también y la carta estaba lista para que la firmase. Eso hacía que yo le pareciese maravillosa. Su esposa, una mujer encantadora, solía invitarme a tomar el té, a alternar con ellos. En esa época tendría yo unos diecinueve o veinte años. Me presentaron a un par de chicos, pero no me gustaban.

Por entonces estaba ya interesada por tu padre. Nos conocíamos del instituto. Era guapísimo, con una gran facha, y un buen deportista; de hecho, fue así como lo conocí, en las pistas de tenis; las había de tierra batida en el cruce de la avenida Morris y la Calle 170 y los dos íbamos allí a jugar. Entonces se jugaba al tenis con falda larga. Yo era una buena jugadora, me gustaba el deporte, y así fue como nos conocimos. Me acompañó a casa.

A mi madre no le gustaba Dave. Le parecía demasiado loco. Si yo salía con otro chico, ya sabía que iba a estropearme la cita. Rondaba mi casa aunque no hubiésemos quedado, y cuando veía

que venía otro a buscarme hacía cosas terribles, organizaba una pelea, nos paraba y se ponía a hablarme cuando estaba con el otro. Le advertía que me tratase con respeto o se le iba a caer el pelo. Naturalmente, algunos se asustaban y no volvían. Era un fastidio, me ponía furiosa, pero lo cierto es que nunca rompía con él como me aconsejaba mi madre. En invierno íbamos a patinar en el hielo; en primavera me sorprendía enviándome flores; era muy romántico, y a lo largo de esos años fui enamorándome de él.

Entonces las cosas eran muy diferentes; no conocías a alguien y salías y te acostabas con él así sin más, un, dos, tres. Las personas se hacían la corte; las chicas eran inocentes.

UNO

Me despiertan sobresaltado los vapores amoniacales y paso en un instante de un sueño pegajoso a un saber afligido: he vuelto a hacerlo. Mis muslos empapados me pican. Lloro y llamo a mamá, sabiendo que tendré que soportar su dura reacción, que pasar por *aquello*, para ser rescatado. Mi cuna está en la pared este de su habitación, la de ellos en la pared sur.

—¡Mamá!

Me chista desde su cama.

—¡Mamá!

Gruñe, se incorpora y avanza hacia mí con su camisón blanco. Sus fuertes manos entran en acción. Me desnuda, quita la ropa y hace un montón en el suelo con mi pijama, las sábanas normales y la de goma que hay debajo. Oscilan sus pechos bajo el camisón. La oigo susurrar advertencias. En pocos segundos estoy lavado, empolvado, vestido de limpio y viajo hacia sonrisas secretas en la oscuridad. Cabalgo, joven príncipe, en sus brazos camino de su cama, y soy bienvenido entre ellos, al bendito y seco calor que los envuelve. Mi padre me da una palmadita amistosa y vuelve a dormirse con la mano en mi hombro. Pronto están dormidos los dos. Huelo sus divinos olores,

macho, hembra. Momentos después, mientras un tímido atisbo de luz diurna empieza a dibujar los contornos de la persiana, me veo totalmente despierto y feliz, velando a mis padres dormidos, con la terrible noche ya a mi espalda y el querido día a punto de alborear.

Son mis primeros recuerdos. Al llegar la mañana, me gustaba bajarme de la cama y observarlos. Mi padre dormía sobre el brazo derecho, con las piernas estiradas y la mano en la almohada, doblada por la muñeca contra la cabecera. Mi madre, encogida, con la curva de su ancha espalda tocando la de él. Era agradable ver su forma, juntos bajo la ropa. La cabecera golpeaba contra la pared cuando se movían. Tenía un estilo barroco, verde oliva, con un friso de pequeñas flores rosa y hojas verde oscuro a lo largo de sus bordes acanalados. En la pared opuesta estaba el tocador, con el espejo del mismo verde oliva y bordes estriados. También había ramilletes de flores rosa encima de los tiradores de metal ovalados de los cajones. Me gustaba jugar a levantar esas asas y dejarlas caer para oír las tintinear. Comprendía lo ilusorio de las flores cuando después de mirarlas y creer en ellas palpaba con las yemas de los dedos las pinceladas en relieve. No me gustaban tanto los visillos, de un blanco transparente que velaban las persianas, ni los pesados cortinajes que los encuadraban. Me hacían sentir una especie de ahogo. Huía de los sitios cerrados. La oscuridad me espantaba sobre todo porque no estaba seguro de que fuese respirable.

Yo era un niño asmático, alérgico a todo, con los pulmones continuamente atacados, que tosía, respiraba con dificultad y necesitaba inhaladores. Era el triste niño prodigio de la medicina, familiarizado con las cataplasmas de mostaza, las gotas para la nariz y los tapones de Argyrol para limpiar la garganta. Me enchufaban a cada paso termómetros e irrigaciones de agua jabonosa. Mi madre creía que el dolor curaba. Lo que no hacía daño no servía para nada. Yo gritaba, chillaba y sucumbía peleando.

Argumentaba a favor del mercurocromo rojo cereza para mis rodillas arañadas y lo que me aplicaban era siempre el odioso yodo. ¡Cómo aullaba!

—Deja ya de hacer tonterías —decía mi madre mientras me propinaba unas pinceladas que dolían como si me quemasen—. Cállate ahora mismo. ¡La que armas por nada!

Tenía dificultades con las proporciones de las cosas y me fabricaba espacios razonables en lo que de otro modo resultaba un hogar injustamente agigantado. Me gustaba acogerme al refugio del piano, en el salón. Era un Sohmer vertical de caoba negro, y el teclado saliente me proporcionaba un techo a mi medida. Disfrutaba con los dibujos de las alfombras. Me eran familiares los suelos de roble y las faldas de los asientos tapiizados.

Si iba de buena gana a bañarme era en parte porque la bañera tenía unas dimensiones razonables. Podía tocar sus costados. Hundía barcos de cáscaras de nuez, organizando oleajes que después aquietaba.

Me daba también cuenta de que, por alguna razón, la implacable eficiencia de mi madre quedaba en suspenso cuando yo estaba bañándome. Aparte de venir de vez en cuando a asegurarse de que no me había ahogado, respetaba mi intimidad. Se me llevaban de arrugas las yemas de los dedos antes de tener que levantarme para destapar el desagüe.

La mesa y las sillas de madera de la cocina eran para mí una fortaleza. Desde allí podía vigilar la vasta extensión del suelo. Conocía a las personas por sus piernas y sus pies. Los fuertes tobillos y las grandes y bien proporcionadas pantorrillas de mi madre se movían por allí sobre las alas de unos zapatos de tacón. Iban del fregadero a la nevera o a la mesa acompañados por los ruidos de rigor del entrechocar de los cubiertos y el deslizar de los cajones al abrirse y cerrarse. Mi madre daba unos pasos

fuertes y decididos que hacían temblar las puertas de cristal de los armarios.

Mi menuda abuela hacía avanzar pulgada a pulgada sus pies sin levantarlos del suelo, lo mismo que bebía su té a pequeños sorbos. Usaba botines negros cuyos empeines quedaban ocultos bajo sus largas faldas flácidas, también negras. De toda la familia, era la más fácil de espiar, porque estaba siempre sumida en sus pensamientos. Me andaba con cuidado con ella, aunque sabía que me quería. A veces rezaba en la cocina, con el libro abierto sobre la mesa y el anticuado calzado plano plantado en el suelo.

A mi hermano mayor, Donald, no había manera de espiarlo. A diferencia de los adultos, era rápido y estaba siempre alerta. Tomarlo por blanco durante siquiera unos segundos antes de que se diese cuenta de mi presencia era un gran triunfo. Un día, vagando por el pasillo, pasé frente a la puerta abierta de su habitación. Cuando atisé, estaba de espaldas, trabajando en la maqueta de un avión.

—Sé que estás ahí, Nariz de Burbuja —dijo sin dudarlo un momento.

A mi hermano lo consideraba una fuente segura y completa de conocimiento y sabiduría. Su mente era un compendio de las normas y reglamentos de todos los juegos conocidos por la humanidad. Arrugaba la frente concentrándose en el modo adecuado de hacer las cosas. Vivía con rigor y atento a las reglas. Era una autoridad no sólo en la construcción de maquetas sino en volar cometas, ir en patinete y cuidar animales de compañía. Todo lo hacía bien. Yo sentía por él un amor y un respeto llenos de gravedad.

Podían haberme intimidado su ejemplo y la idea que a través de él yo me había formado de lo mucho que me faltaba por apren-

der, pero él tenía los instintos generosos de un maestro. Un día estaba yo con nuestro perro *Pinky* frente a nuestra casa de la avenida Eastburn cuando llegó Donald de la escuela y dejó los libros en los escalones de la entrada.

Arrancó una gran hoja oscura del seto de alheña que había bajo la ventana del salón, la puso entre las palmas de sus manos, hizo copa con ellas, se las llevó a la boca y sopló por el hueco que formaban los dos pulgares juntos. Sonó un balido maravilloso.

Pegué un bote. Cuando Donald volvió a hacer aquel ruido, *Pinky* empezó a aullar, como hacía siempre que tocaban una armónica en su presencia.

—Quiero probar—dije.

Siguiendo las pacientes instrucciones de Donald, elegí una hoja como la suya, la coloqué cuidadosamente entre mis palmas y soplé. No se oyó nada. Donald corrigió una y otra vez la posición de mis manitas, cambió de hoja, corrigió mi modo de hacerlo, pero seguía sin oírse nada.

—Tienes que trabajarlo —dijo Donald—. No puedes esperar conseguirlo sin más. Fíjate, voy a enseñarte algo más fácil.

La misma hoja que había utilizado como lengüeta la partió ahora por la mitad con sólo presionar con los cantos de las palmas juntas y aplanar las manos.

Mi hermano tenía una facha estupenda. Usaba pantalones bombachos de *tweed*, calcetines a rayas y zapatos bajos como los chicos mayores. Un mechón de su cabello castaño liso le caía sobre un ojo. Llevaba el jersey atado de cualquier manera a la cintura por las mangas y la corbata roja de la escuela con el nudo flojo. Hacía mucho rato que yo había metido a nuestro maniático perro en casa y aún seguía aplicándome concienzudamente a las tareas que Donald me había puesto. Aunque no pudiese conseguir dominarlas por el momento, al menos sabía lo que había que aprender.

Donald se parecía a mi madre en lo de aplicarse resueltamente a las exigencias y desafíos de la vida. Mi padre era de otra pasta. Yo pensaba que había llegado a donde estaba por pura magia.

Me dejaba contemplar cómo se afeitaba, porque rara vez lo veía más que por las mañanas. Llegaba del trabajo mucho después de mi hora de acostarme. Tenía con un socio una tienda de música en el Hippodrome, un famoso edificio teatral de la Sexta Avenida esquina a la Calle 43, en Manhattan.

—Buenos días, Jim el Risueño —decía.

Siendo yo todavía muy pequeño había notado que siempre me despertaba sonriendo, extraordinaria muestra de inocencia que desde entonces comentaba a diario. De bebé, me cogía en brazos y jugábamos a un juego: hinchaba los carrillos como un hipopótamo y yo se los deshinchaba de un golpe, primero un lado y después el otro. Pero, apenas lo había hecho, abría mucho los ojos, sus mejillas volvían a llenarse y yo tenía que volver a desinflárselas muerto de risa.

El cuarto de baño tenía los azulejos blancos y todos los sanitarios de porcelana blanca. Había una ventana de cristal ondulado opaco que parecía brillar con luz propia. Mi padre, de pie a medio vestir en medio de la difusa luz solar —zapatos, pantalones, camiseta a rayas y los tirantes colgando a los costados—, hacía espuma en un cuenco con su jabón de afeitar y después se la aplicaba en la cara con un hábil vaivén de la brocha.

Esto lo hacía tarareando la abertura de *El buque fantasma*, de Wagner.

Me encantaba el ruido raspante que hacía la brocha en su piel y cómo iba el jabón espesándose poco a poco. Después, sostenía tirante desde el gancho del que colgaba en la pared una

larga tira de cuero de unas tres pulgadas de ancho y pasaba sobre ella la navaja de afeitar atrás y adelante con una vuelta de muñeca. Yo no comprendía cómo siendo tan suave el cuero podía afilar algo tan duro como una navaja de acero. Me explicó la causa, pero yo sabía que era sólo otro ejemplo de sus poderes mágicos.

Mi padre hacía juegos de manos. Por ejemplo, podía parecer que se quitaba la parte de arriba del pulgar y volvía a ponérsela. Usando una mano como biombo, veías detrás cómo el pulgar de la otra se partía, y después el vacío entre las dos mitades. Como todos los buenos trucos, era espantoso. Arrancaba el Pulgar y volvía a ponerlo con un pequeño giro, y lo apartaba para que yo pudiera inspeccionarlo, moverlo y cerciorarme de que estaba como nuevo.

Mi padre estaba lleno de sorpresas. Hacía juegos de palabras, y bromas.

Mientras se afeitaba, brotaban aquí y allá, a través de la blanca espuma, diminutos chorros de sangre que la teñían de rosa. Él no parecía notarlo y seguía afeitándose y tarareando.

Después de lavarse la cara y darse en ella palmaditas con una loción de olmo escocés, se hacía la raya en medio de su brillante cabello negro y peinaba ambos lados hacia atrás. Lo llevaba siempre bien cortado. Su apuesta cara de un blanco rosado relucía. Se alisaba el oscuro bigote con las puntas de los dedos. Tenía la nariz fina y recta, y unos ojos castaños vivos y chispeantes que hablaban de una inteligencia juguetona.

Siempre me untaba espuma de la que le sobraba al afeitarse en las mejillas y la barbilla. En el armario de las medicinas había paletitas de madera para aplanar la lengua; cada vez que venía a verme nuestro médico de familia, el doctor Gross, me regalaba una. Mi padre me la alcanzaba para que pudiese afeitarme.

—Dave —decía mi madre golpeando la puerta—, ¿sabes

qué hora es? ¿Qué haces ahí dentro? —Y él hacía un gesto de esconder la cabeza entre los hombros, como si fuésemos dos chicos malos.

Mi padre siempre hacía promesas cuando se iba al trabajo.

—Esta noche volveré pronto —decía a mi madre.

—No tengo dinero —replicaba ella.

—Aquí tienes un par de dólares para salir de apuros. Tendré más esta noche. Te llamaré. Quizá pueda comprar algo para cenar.

Yo le tiraba de la manga y le pedía que me trajese una sorpresa.

—Bueno, veré lo que puedo hacer —decía él, sonriente.

—¿Me lo prometes?

Donald estaba ya en la escuela. Cuando mi padre se fuese, ya no me quedaría nada que esperar, de modo que lo observaba hasta el último segundo. Era corpulento, aunque lo bastante elegante con uno de sus trajes y la chaqueta bien abotonada. Comprobaba el estado del nudo de su corbata en el espejo del vestíbulo. Cuando se ponía el sombrero ladeado, con mucho estilo, yo corría al salón para verlo salir. Bajaba los escalones a saltos, se volvía hacia donde yo estaba asomado a la ventana, para levantar el brazo y sonreírme, y se iba calle abajo con aquel andar suyo brusco y garboso. Doblaba la esquina y de repente se perdía de vista.

Yo comprendía la propensión que había en su vida. Me daba cuenta de que vivía, por carácter, como un residente temporal. Se iba y volvía. Se movía en todas direcciones. Sus impulsos e instintos, incluso en su día libre, señalaban lejos de casa.

Rara vez cumplía su palabra de volver a tiempo para cenar o de traerme algo. Mi madre no podía soportar que faltase a sus promesas. Estaba siempre pidiéndole cuentas. Yo veía que eso

no servía de nada. A modo de compensación, me traía cosas cuando menos las esperaba. Sorpresas por sorpresa. Era una especie de enseñanza.